





**CÓMO SOBREVIVIR INTELECTUALMENTE  
AL SIGLO XXI**



LEONARDO CASTELLANI

CÓMO SOBREVIVIR  
INTELECTUALMENTE  
AL SIGLO XXI

Prólogo, selección y notas  
de Juan Manuel de Prada

LIBROSLIBRES

**LIBROSLIBRES**

Santa Engracia, 18, 1.º Izda.  
28010 Madrid (España)  
Tlf.: 34-91 594 09 22  
Fax: 34-91 594 36 44  
correo@libroslibres.com  
www.libroslibres.com

- © Leonardo Castellani
- © Juan Manuel de Prada, prólogo, selección y notas, 2008
- © 2008, **LIBROSLIBRES**

Diseño de cubierta: Rudesindo de la Fuente

Primera edición: noviembre de 2008

Depósito Legal: M-  
ISBN: 978-84-96088-84-9

Composición: Francisco J. Arellano  
Impresión: Cofás  
Impreso en España – Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

# ÍNDICE

PRÓLOGO de Juan Manuel de Prada.....	9
PRIMERO POLÍTICA .....	21
Liberalismo .....	23
Revolución.....	28
Primero política .....	34
La pseudemogresca liberal.....	42
La tiranía y la anarquía.....	47
Nacionalismo e internacionalismo.....	56
Una opinión sobre democristianismo.....	63
VISIONES DE ESPAÑA .....	67
Hacia la Hispanidad .....	69
Sobre tres modos católicos de ver la guerra española.....	73
Política y Moral .....	86
<i>A.M.D.G.</i> .....	92
Ortega y Gasset y la Argentina .....	98
El humor español .....	104
De poesía española (I): Solamente para diversión .....	109
De poesía española (II): El <i>bluff</i> literario .....	114
EL CANON OCCIDENTAL .....	125
El <i>Ulises</i> de Joyce .....	127
La desesperación pagana .....	130
France, filósofo .....	141
Inquisiciones y sombras teológicas .....	146
El óbito de un gigante moderno: Hilaire Belloc (1870-1953) ..	152

Literatura de pesadilla .....	157
Wodehouse .....	161
Sobre el <i>Diario</i> de León Bloy .....	167
Herbert George Wells .....	173
Existencialismo .....	178
Nietzsche .....	190
ORTODOXIA .....	207
La gran lección .....	209
El sentido de un congreso .....	213
Moral y moralina .....	216
Las historias al clavecín del poeta Malánik .....	220
¡Oh incrédulos, crédulos, crédulos! .....	229
¡Al «arcano» de nuevo! .....	240
La Argentina bolchevique .....	247
Los elegidos y los réprobos .....	255
Sobre Telar Chardón, por última vez .....	259
EL DRAMA EDUCATIVO .....	265
El Estado y la escuela primaria .....	267
Fiestas escolares .....	269
Libros de texto .....	272
Dios en la facultad .....	274
Cultura al revés .....	279
Profesionales .....	284
Un fenómeno.....	288
DIGAMOS LA VERDAD .....	293
Medioletrados .....	295
Casarse por el civil .....	298
La ambición .....	303
Radio .....	306
«Basta de centenarios, basta de días» .....	309
El macabro experimento de unos estudiantes de París .....	315
Gutenberg o la imprenta .....	320
NOTAS por Juan Manuel de Prada .....	327

## PRÓLOGO

Un amigo porteño muy querido, Fabián Rodríguez Simón, con quien suelo enzarzarme en arduas disquisiciones literarias y teológicas, fue quien me reveló, hace ya algunos años, la existencia de Leonardo Castellani. Recuerdo que andaba yo por entonces preparando, con ocasión del tan cacareado centenario del *Quijote*, una antología de textos en la que se congregaban autores —algunos muy eminentes, como Chesterton, Dos Passos, Papini o Greene— que se habían atrevido, contrariando el designio cervantino, a desenterrar «los cansados y podridos huesos» del hidalgo manchego, o de alguno de los personajes que transitan por la obra, para convertirlos en protagonistas de sus ficciones. La antología, que se tituló muy expresivamente *El síndrome de Pierre Menard*, incluía a varios escritores argentinos —amén del inexcusable Borges—, pues siempre he profesado un declarado fervor a una literatura que ha sabido, mejor que ninguna otra, embridar la herencia hispánica e interpretar su destino

universal, dejándose fecundar por tradiciones foráneas. Aquí mi amigo, escandalizado, me reprochó que no incluyera en mi antología a un tal Leonardo Castellani, autor de una sátira titulada *El nuevo gobierno de Sancho* y también de *Su Majestad Dulcinea*, una obra inclasificable, mezcla de novela teológica y autobiografía fantasiosa. Cuando le confesé que jamás en mi vida había escuchado el nombre de Castellani, mi amigo, que es librepensador recalcitrante pero sobre todo amante de la buena literatura, se llevó las manos a la cabeza y me zahirió: «¡Así se entiende que os vaya tan mal a los católicos!». Y, viéndome compungido, pasó enseguida a entonar la *laudatio* de aquel polígrafo santafesino, a quien consideraba uno de los más grandes escritores argentinos del siglo XX, muy por encima de otros que han alcanzado una mayor celebridad en la almoneda de las pompas mundanas. Cuando le pregunté ingenuamente por las razones que habían motivado esa preterición, mi amigo sonrió con una suerte de compasiva afabilidad y me dijo: «Léelo y verás».

En su biblioteca guardaba mi amigo varios libros de Castellani, casi todos ellos en ediciones de la Biblioteca del Pensamiento Nacionalista Argentino, publicados allá por la década de los setenta. Hojeé varios, en busca de aquella grandeza —sepultada por motivos poco honrosos— que mi amigo me había anunciado. La primera impresión que me llevé fue un tanto confusa: Castellani me pareció un escritor de ideas —ideas incendiarias y disolventes, a veces lúcidas hasta la imprudencia—, adornado con un estilo vibrante, recio, incluso un tanto pasado de rosca. La combinación se me antojó al principio un tanto intimidante: Castellani era un escritor de personalidad muy fuerte, que imprimía a cada frase una impronta intransferible; y era, además, un escritor que, dentro de su aparente y expeditiva facilidad, incorpo-

raba una hondura intelectual, una variedad de registros y unos alardes eruditos deslumbrantes. Pronto descubriría también que había en él una cualidad persuasiva que sólo está al alcance de los verdaderos maestros, una capacidad para provocar en la inteligencia un movimiento de adhesión gozosa similar al que había suscitado en mí, algunos años antes, Chesterton. Castellani exponía las ideas como si fuesen aventuras, gozosas pesquisas en pos de la verdad; y acompañaba esas pesquisas de un humor aguerrido, desenfadado, sabrosísimo, que le permitía derribar los espesos muros de la mentira como si estuviesen hechos de alfeñique. Sus alardes eruditos no eran, como suele ocurrir en tantos pensadores y apologetas, una munición fiambre que brilla al modo ornamental de las escarapelas; eran erudiciones vividas, revitalizadas, encarnadas en una escritura que, a la vez que ofrece y descubre la realidad, nutre el pensamiento. Se ha dicho que Leonardo Castellani es eso que los franceses llaman un *maître à penser*, alguien que, a través de sus reflexiones, no sólo nos invita a reflexionar, sino que nutre de esqueleto y musculatura nuestras reflexiones, e incluso nuestro modo de reflexionar; alguien que no sólo estimula nuestra inteligencia, sino que la abraza, la sustenta, la vigoriza, la dota de un andamiaje robusto y, a la vez, la impulsa por caminos nunca antes transitados. Después de leer a Castellani, tenemos la impresión de ser más inteligentes; y, desde luego, la impresión no es un mero espejismo, pues su verbo ya habita entre nosotros.

En mi existencia de lector he saboreado muchos deslumbramientos; pero nunca el tamaño de ese deslumbramiento había sido tan gigantesco, en comparación con el diminuto prestigio de un autor. ¿Cómo podía explicarse que un escritor tan dotado, tan formidablemente original, hubiese si-

do arrumbado en el cementerio donde se pudren los escritores menores y prescindibles? En *El gobierno de Sancho Panza*, regocijante diatriba contra las tiranías mentales que oprimen al hombre contemporáneo, engalanadas con el disfraz de la sacrosanta democracia, Castellani definió la libertad de opinión como el «chillar de los ineptos hasta acallar al sabio»; y del mismo modo podríamos definir la literatura que hoy se exalta y triunfa en el Matrix progre. Castellani se distinguió siempre por sostener —y no enmendar— aquellas posturas estéticas, filosóficas o religiosas que los repartidores de bulas del cotarro cultural han decidido demonizar; y esta vocación felina de singularidad lo ha expulsado a esos arrabales de descrédito donde la moderna censura del pensamiento hegemónico sepulta a quienes tienen la gallardía de llevar la contraria sin desmayo. Apasionado polemista, detractor inmisericorde de la modernidad, azote del liberalismo y de toda la cochambre ideológica que vino después, Castellani es sobre todo un campeón de la ortodoxia, única forma posible de heterodoxia que nuestra época repudia. No debe extrañarnos, pues, que los repartidores de bulas del cotarro cultural lo hayan silenciado; mucho más desalentador resulta, sin embargo, que los suyos tampoco lo hayan conocido. Y aquí habría que dar la razón a mi amigo porteño, cuando me zahirió: «¡Así se entiende que os vaya tan mal a los católicos!». Pues, en efecto, que un escritor como Leonardo Castellani haya sido condenado a la irrelevancia también entre quienes deberían tenerlo encumbrado como autor de cabecera, revela el estado de depauperación intelectual, pasividad pusilánime y sometimiento lacayuno a las directrices evacuadas desde los púlpitos del Matrix progre en que yacemos postrados los católicos. En honor a la verdad, esta condena en muerte no es demasiado

diversa a la que Castellani padeció en vida: expulsado de la Compañía de Jesús, sufrió todo tipo de iniquidades y trope-lías, hasta morir, viejo y achacoso, sin más refugio que su fe montaraz y la lealtad acérrima a dos vocaciones íntima-mente desposadas, la sacerdotal y la literaria.

Puesto que nos dirigimos a lectores que nada o muy poco saben de este fiero escritor a contracorriente de todas esas viejas herejías que la modernidad cataloga —para ofuscación del rebaño sometido— como «ideas nuevas», probaremos a improvisar un breve bosquejo biográfico suyo. Leonardo Castellani nace en Reconquista, provincia de Santa Fe, el 16 de noviembre de 1899, hijo de emigrantes italianos. Su padre, Héctor Luis Castellani, fue un maestro y periodista librepensador que halló la muerte en una confusa reyerta policial. De su infancia santafesina podemos encontrar huellas en toda su obra, muy especialmente en *Camperas* (1931), una deliciosa colección de fábulas con la que estrenaría las imprentas. En su niñez, Castellani pierde un ojo, acontecimiento que tal vez marque su personalidad, volcada al estudio y propensa a la misantropía. Su madre, Catalina Contepomi, a quien no debieron pasarle inadvertidas las dotes literarias y el fervor religioso de su vástago, se preocupó de que estudiara con los jesuitas del Colegio de la Inmaculada, en Santa Fe. En 1918, Castellani ingresa como novicio de la Compañía de Jesús en Córdoba; en 1924 se incorpora al Colegio del Salvador en Buenos Aires, donde iniciará una fructífera tarea docente (la preocupación educativa será una línea medular de su obra, como queda patente en algunos de los artículos recogidos en este volumen) y empezará a hacer sus primeros pinitos literarios. En 1928 comienza sus estudios de teología; enseguida sus superiores detectan que es un alumno de perspicacia y cultura nada habituales, y re-

comiendan que complete sus estudios en Europa. Frecuenta la Universidad Gregoriana de Roma —en 1930 es ordenado sacerdote por el cardenal Marchetti-Selvaggiani— y la Sorbona de París, donde se especializa en filosofía y psicología. A su regreso a Buenos Aires, en 1935, convertido en doctor *cum licentia ubique docendi* —título que lo habilita para enseñar filosofía y teología en cualquier universidad católica del mundo—, Castellani despliega una incansable vocación de publicista, colaborando en revistas como *Criterio* o *Cabildo*, en las que compartirá tribuna con los escritores más destacados del nacionalismo católico argentino. En estos años, publica volúmenes de relatos como *Martita Ofelia y otros cuentos de fantasmas* o *Las muertes del Padre Metri* (una especie de Padre Brown santafesino), colectáneas de ensayos y artículos como *Las canciones de Militis* o *Crítica literaria* y la citada sátira *El nuevo gobierno de Sancho*. También trabaja en la traducción (que nunca concluirá) y comentario de la *Suma Teológica* de Santo Tomás e incursiona en política, llegando a presentar —sin éxito— su candidatura a diputado nacional por la Alianza Libertadora Nacionalista en las elecciones de febrero de 1946.

Para entonces, las desavenencias entre Castellani y sus superiores jesuitas han empezado a hacerse insoportables. Su carácter no siempre benévolo, sus peculiaridades «literarias» (nuestro autor no vacila en aparecer públicamente acompañado por una admiradora con la que, sin embargo, sólo mantuvo una relación de genuina amistad), sus desafíos a la esclerotización jerárquica de la Compañía, su proximidad a los círculos del nacionalismo católico, empiezan a granjearle fama de díscolo. Para mayor inri, en medio de tantas fricciones —alentadas por los mediocres que no soportan su preeminencia intelectual—, a Castellani no se le ocurre otra

cosa que escribir, bajo la leyenda «Dic Ecclesiae», una serie de epístolas ásperas y vigorosas, también algo imprudentes o temerarias, dirigidas a sus hermanos jesuitas de la provincia argentina, en las que denuncia los vicios que ha detectado en la Compañía. Sus superiores lo presionan para que la abandone, pero Castellani se niega y viaja a Roma, con el propósito de exponer al Padre General Janssens sus razones; pero Janssens lo conmina a salir de la Compañía, a lo que Castellani sigue negándose, seguro de su vocación. En junio de 1947, recibe orden de trasladarse a Manresa, donde pasará dos amargos años de reclusión que acabarán quebrantando su salud psíquica y física. Finalmente, solicita su traspaso al clero secular y regresa a Buenos Aires, convertido en una sombra de lo que fue. En octubre de 1949 es separado de la Compañía: difamado y sin medios de vida, es acogido por el arzobispo de Salta, que lo aloja en su casa y le permite ejercer de profesor en su diócesis. En 1952 vuelve a Buenos Aires y empieza a dictar cursos de filosofía y a publicar en la prensa; aunque ha sido rehabilitado, aún no se le permite ejercer públicamente su ministerio sacerdotal, por lo que tendrá ocasión —¡a la fuerza ahorcan!— para consagrarse exclusivamente a tareas de creación literaria. En estos años da a la prensa algunas de las obras más características de su producción, muy diversas a las que había procreado antes de los días pavorosos de Manresa. La voluntad de forma, los cuidados del estilo son sustituidos por una escritura mucho más despojada y agónica, mucho más torturada también, en la que cobra un protagonismo cada vez mayor la preocupación escatológica. Cimas de esta nueva etapa son su trilogía sobre el Apocalipsis —*Cristo ¿vuelve o no vuelve?*, *Los papeles de Benjamín Benavides* y *El Apokalipsis de San Juan*—, así como su biografía de Jacinto Verdaguer *El ruiñeñor fusilado*

o los volúmenes de exegética *El Evangelio de Jesucristo* o *Las parábolas de Cristo*. También sus novelas (o nivolas, por emplear la designación unamuniana) *Su Majestad Dulcinea* y *Juan XXIII (XXIV)*, tan tributaria del *Adriano VII* del Barón Corvo. En todas ellas, expuestos desnudamente o en cifra, hallamos ecos del trágico —e indeleble— desgarró que la expulsión de la Compañía imprimió en su vida. Pero, asediado por la soledad, acuciado por la penuria económica, azuzado por los mastines de la angustia, Leonardo Castellani nunca cejó en su ortodoxia; más bien al contrario, su ortodoxia se hizo más acendrada y combativa, más lúcida y profética.

En 1966, por gestión del Nuncio Apostólico Zanini, es restituido plenamente al ministerio sacerdotal. Funda en 1967 y dirige la revista *Jauja*, que habrá de cerrar dos años más tarde, y sigue escribiendo sin desmayo, convertido ya en un ermitaño urbano, frecuentado tan sólo por sus fieles. Como anécdota que resume el temple de Castellani —que «con todos se peleó, salvo con Dios», según afortunada acuñación de su biógrafo, Sebastián Randle—, diremos que en mayo de 1976 fue invitado por Jorge Rafael Videla a almorzar, junto a Jorge Luis Borges y Ernesto Sábato, en la Casa Rosada. Durante aquella comida, no tuvo empacho en pedir clemencia por los represaliados políticos y en reclamar la liberación del escritor Haroldo Conti, mientras los otros comensales callaban. Al abandonar la Casa Rosada, una legión de periodistas aguardaba las declaraciones de los invitados. Borges fue parco, pero inequívoco, en el comentario: «Agradecí personalmente a Videla el golpe del 24 de marzo, que salvó al país de la ignominia, y le manifesté mi simpatía por haber enfrentado la responsabilidad del gobierno». Más loquaz resultó Sábato, quien años más tarde se erigiría en pa-

ladín de los derechos humanos: sobre Videla, no tuvo empacho en reconocer que le había producido una impresión «excelente. Se trata de un hombre culto, modesto e inteligente... Me impresionó su amplitud de criterio y su cultura»; añadiendo, entre otros particulares, que en el almuerzo «hubo un altísimo grado de comprensión y respeto mutuo. En ningún momento el diálogo descendió a la polémica literaria o ideológica». Castellani se abstuvo de hacer declaraciones. El estilo es el hombre.

Ese hombre insobornable, ese escritor que sin hipérbole podemos considerar el más original exponente de la literatura católica en español del siglo XX, falleció en la ciudad de Buenos Aires el 15 de marzo de 1981. Dejaba, a quienes se tomen la molestia de leerla sin las anteojeras de los prejuicios, una obra llena de amenidad y clarividencia, dotada por igual para la diatriba y el pensamiento sentencioso, la sátira y la exégesis, con un estilo que nace de manantiales bíblicos para discurrir, en arrebatado torrente, por todos los géneros: novela y ensayo, poesía y crítica literaria, cuento policial y artículo de prensa. Si tuviéramos que compararlo con alguien, inevitablemente tendríamos que hacerlo con Chesterton, a quien por cierto tradujo: con él comparte el gusto por la paradoja, la vocación acérrima de ortodoxia, el deseo de revelar a Cristo aun en los géneros literarios más profanos; también —como señala Sebastián Randle— el «enorme sentido del humor para encarar las cosas más graves y la enorme gravedad para encarar las cosas más nimias». Lo distingue, ciertamente, su carácter: al espíritu jovial y bonancible de Chesterton se opone el espíritu algo más sombrío y socarrón de Castellani; y también la índole de sus adversarios: Chesterton batió armas con los enemigos que acampaban extramuros de la Iglesia, mientras que Castellani

hubo de hacerlo también —y sobre todo— con los que anidaban en su seno (e infestaban, por cierto, su siempre amada Compañía de Jesús), al socaire del modernismo religioso y de las delicuescencias postconciliares. Pero ambos compartieron una íntima, indestructible convicción: sabían que el mundo había enfermado; y que su enfermedad sólo podría sanarse cuando volviera a abrazarse a la Cruz.

Esta edición que ahora presentamos al lector español es una antología de artículos, espigados entre los muchos que Leonardo Castellani publicó en vida. Han sido seleccionados de los libros *Las canciones de Militis* (1945), que reúne las colaboraciones que, bajo el seudónimo irónico de *Milites Militorum*, fueron apareciendo en la revista *Cabildo* entre 1943 y 1945; *Las ideas de mi tío el cura*, una colectánea que Castellani dejó preparada antes de su muerte, pero que no aparecería hasta 1984, en la que se juntan artículos originariamente publicados entre 1933 y 1941, sobre todo en la revista *Criterio*; y *Nueva crítica literaria* (1976), un muestrario audaz de preferencias y abominaciones desperdigado por Castellani en los muy diversos periódicos y revistas que enalteció con su pluma. En esta antología el lector descubrirá que nada humano le era ajeno a Castellani, precisamente porque nada humano hay que no cobre sentido expuesto a la luz divina; y descubrirá también en su escritura algo adictivo, poderosamente persuasivo, que impulsará su inteligencia por caminos nunca antes transitados, robusteciéndola frente al chillido aturdidor de los ineptos, que en estos albores del siglo XXI se pavonean triunfantes. Que Leonardo Castellani sea desvelado hoy al lector español por LibrosLibres demuestra, sin embargo, que el triunfo de los ineptos no es definitivo; y, por cada lector que este libro alcance, ese triunfo será más inseguro. Ojalá pronto las obras de Caste-

llani, a despecho de los repartidores de bulas que manejan el cotarro cultural, sean conocidas por el lector español; será un síntoma de que aún no todo está perdido.

En cierta ocasión, Castellani se definió así: «Yo soy pestíferamente ortodoxo, como dice con humor el padre Gaynor. Si fuese jesuita heterodoxo, mucho mejor le iría a mi bolsillo. ¡Qué artículos a tres columnas en el suplemento de *La Nación*! ¡Qué libros editados a todo lujo en Peuser! Pero como ya estoy viejo y cambiar no me gusta, prefiero quedar así no más, mal que le pese a mi bolsillo, al Obispo de Rosario y a quienquiera que sea: pestíferamente ortodoxo, que ojalá pueda traducirse mañana *contagiosamente católico*».

Mañana ya ha llegado. No sé a qué esperas, querido lector, para dejarte atrapar por ese contagio.

JUAN MANUEL DE PRADA  
*Madrid, octubre de 2008*

Nota del Editor. En esta obra se han respetado la mayor parte de los criterios ortotipográficos de Leonardo Castellani. Su estilo creativo y vivaz fuerza en ocasiones la ortografía y recurre con frecuencia al juego formal con las palabras y a una original castellanización de nombres propios y de términos de otras lenguas. Las notas a pie de página son originales del autor. Las notas de Juan Manuel de Prada para esta edición figuran al final del texto.



# PRIMERO POLÍTICA



## LIBERALISMO

Dice Juan Jacobo Rousseau que cuando el niño nace, grita: «No quiero que me fajen». Pronuncia *fajen* con un ligero acento lunfardo; pero no expresa que no quiere que le peguen, lo cual sería muy natural, sino que no quiere que lo envuelvan. Pero lo envuelven lo mismo. «Los hombres nacen y permanecen libres e iguales», dice Rousseau. Nacen sí, pero no permanecen; ¡pobres de ellos si permanecieran! En seguida la madre, con un perverso instinto antiliberal, empieza a establecer entre ella y el rorró toda clase de vínculos; y nótese bien que la palabra *vínculos* en latín significa *cadena*s.

El hombre es un esencial buscador de cadenas; y no digamos nada de las mujeres. Justamente por eso les gusta tanto oír el ruido de rotas cadenas. Es para buscar otras. Juramentos de amor, contrato matrimonial, votos religiosos, promesas de fidelidad eterna, férrea disciplina militar, jurídica construcción de leyes, constituciones y cartas magnas, lealtad al jefe, consecuencia al amigo, apego a la tierra natal... donde quiera que el hombre puede encontrar una cadena que lo libere de su esencial cambiabilidad y contingen-

cia y que lo ate a un algo permanente, como un náufrago a un mástil, allí se siente feliz y noble. Y lo más fenomenal es que se siente *libre*. Uno de los hombres más libres que yo he conocido era un jesuita que, además del cuarto voto que hacen los jesuitas, había hecho otros cinco o seis votos por su cuenta. Y decía que con uno de ellos se había libertado de una tiranía interna. Creo que no mentía. Todo esto milita fundamentalmente en contra de un libro de Rousseau llamado *El contrato social*, que recuerdo qué trabajo me dio a mí entenderlo cuando iba a la escuela.

Lo peor es que otro libro de Rousseau, el *Emilio*, es más dudoso que éste. Según él, el niño, al llegar a la edad de la escuela, es un ser que ama lavarse la cara, le gusta estar limpio, le encanta ir al colegio y aprender todas las cosas, empezando por la botánica en los libros.

*¡Oh, Botánica dulce y Geografía!*

*¡Oh, comfortable Mineralogía!*

*¡Sois las tres musas de la mente mía!*

Éste es el niño de Rusó<sup>1</sup>. Pero resulta que al niño real le gusta el barro, andar por la calle, pelearse con otros, robar mandarinas y aprender todas las cosas por sí solo. Cuando el maestro desesperado le dice que es un cachafaz, que es un perdido, que es un desastre y que es un sinvergüenza, todo rapaz que se respeta, y que no es un enfermo ni un tonto, le contesta con otra frase de Rousseau que es el núcleo de toda la doctrina liberal, inventada por este célebre autor: «¡Déjeme en paz!». Entonces es cuando por imperio de las circunstancias, los dos significados del verbo *fajar* se confunden; y el maestro a quien en la Escuela Normal le han enseñado a respetar al *Emilio* como la Biblia de la Educación Moderna,

se comporta en la práctica, también si no es enfermo ni tonto, como el absolutista y antirrusonista más vulgar.

Sigue ahora otro libro del inventor del liberalismo que se llama *Julia o la nueva Eloísa*. Aquí viene el liberalismo aplicado a las mujeres, y aquí se acaba mi sabiduría, porque nunca lo he podido leer más de la mitad de la primera parte; y tiene cinco. Eso sí, leí todo el índice, donde está un resumen del intríngulis, porque se trata de una novela; y me dejó con un mareo que no pude trabajar una tarde entera, una mezcla de ganas de vomitar y de dormir, que es la enfermedad del filósofo cuando traga de una vez una dosis excesiva de absurdo. El liberalismo aplicado a las mujeres es un perfecto fracaso. Hay tres palabras que una mujer no entenderá jamás y son: *libertad, igualdad, fraternidad*.

El liberalismo aplicado a los pueblos está en el cuarto libro de Rusó, llamado *Las confesiones*, que tiene tres tomos: porque cada uno de estos libros es más largo que el otro. Allí uno lo comprende todo. Se trata de un loco. Un loco es el ser menos libre que existe, aunque parezca lo contrario, aunque ande suelto, porque el loco está agarrotado por dentro... Pero este Rousseau fue un loco de los más peligrosos, porque era un loco que sabía muy bien el francés y, además, como todo loco, la mímica imitativa. Un loco, además de ser un mentiroso nato, es un miedo ambulante de que lo encierren y un permanente escrúpulo de hacer mal en cualquier cosa que hace. Para reaccionar contra estos dos afectos matadores, Rousseau inventó la teoría del «¡Dejadme en paz!» y la teoría de la bondad esencial del hombre; definió que todo lo que él hacía era necesariamente bueno y además *jolí* y *mignón*<sup>2</sup>. Sólo un hombre obseso es capaz de escribir esa minuciosa descripción de las insignificancias y las suciedades de su vida envueltas en un

vaho acaramelado con resabio a chinche y ropa sucia, que hoy nos causa repulsión; pero en su momento y ambiente, que parece fue el ambiente de lo *jolí* y de lo *mignón*, produjo un efecto considerable. Hasta parece que se dio el gusto de inventar suciedades para darse el gusto de embellecerlas: como esa de que tuvo cinco hijos y los arrojó a los expósitos. Hoy día se cree con gran fundamento fisiológico y psicológico —según J. Lemaitre— que no engendró ningún hijo. Por suerte.

La verdadera libertad es un estado de obediencia. El hombre se liberta de la corrupción de la carne obedeciendo a la razón, se liberta de la materia sujetándose al perfil diamantino de una forma, se liberta de lo efímero atándose a un estilo, de lo caprichoso adaptándose a los usos; se liberta de su infecundidad solitaria obedeciendo a la vida, y de su misma vida caduca y mortal se liberta, a veces, perdiéndola en obediencia a Aquel que dijo: «Yo soy la Vida». Sólo el mal poeta pide el verso libre, decía Lugones<sup>3</sup>. El buen poeta multiplica las ataduras de su materia, para hacer más visible el triunfo de la forma, en lo cual consiste la belleza. Lugones fue a buscar la arena y el barro del Río Seco para hacer su última obra, que supervivirá al cedro, al marfil y a la plata de las anteriores. Donde el loco, el esclavo, el preso y el plebeyo dicen: *Libertad*, el noble dice: *Honor, Belleza, Amor o Sabiduría*. La máxima libertad nace del máximo rigor, dijo Leonardo da Vinci: porque el hombre es más libre a medida que es más fuerte —como se enseña en la cátedra de Defensa Nacional de La Plata— y la obsesión de la libertad es la prueba de la máxima debilidad, que es la debilidad de la mente. ¿Quién hay en el mundo que quiera ser libre como lo son los uruguayos, que son los hombres más libres del mundo, a juzgar por lo que ellos dicen?

Bien. Esa obsesión de la libertad propia de un loco vino a servir maravillosamente a las fuerzas económicas que en aquel tiempo se desataron; y al poder del Dinero y de la Usura, que también andaban con la obsesión de que los dejaran en paz. Los dejaron en paz: triunfaron sobre el alma y la sangre, la técnica y la mercadería; y se inauguró en todo el mundo una época en que nunca se ha hablado tanto de libertad y nunca el hombre ha sido en realidad menos libre. Una herejía medio católica, medio protestante y medio atea —porque Rousseau fue sucesivamente protestante, católico y ateo— vino a la vida justamente cuando nosotros los argentinos veníamos a la independencia. Nos hizo tanto mal como una damajuana de caña en una jaula de monos; y no nos arruinó del todo, porque por gracia de Dios aquí había fuertes vitaminas españolas. Y también había hombres que no eran monos.

Pero el mal que hizo el liberalismo en el viejo mundo donde nació fue quizás peor: aquí el pampero, el sol y las distancias olean mucho. Allá en Europa tenemos ahora esta horrible guerra, que no puedo ni pensar en ella. Y otras destrucciones morales y espirituales mucho peores que la guerra, si cabe, que *no* puedo dejar de pensarlas aunque quiera; y pesan sobre mi mente de tal modo que me envejecen a destiempo y me volverían seguramente loco a mí también, si no tuviese yo las dos celestes consolaciones de la filosofía y el periodismo.

El filósofo Santayana soñó una vez que veía pasar cuatro caballeros en cuatro caballos, negro, alazán, bayo, y el último era blanco. Los vio pasar empenachados y armados y les dijo:

—¿Adónde van?

—Vamos a libertar a los pueblos.

—¿Libertarlos de qué? —les gritó el filósofo.  
El hombre coronado del caballo blanco le dijo:  
—De las consecuencias de la libertad.

*Cabildo*, Buenos Aires, n.º 606, 14 de junio de 1944

## REVOLUCIÓN

A una negrita que yo conocí la habían bautizado Blanca. A esto que ha pasado aquí lo han llamado revolución. Yo no pretendo cambiarle el nombre. Pero me gustaría que se explicase bien qué clase de revolución es, en este caso. Las palabras soportan todo; pero si uno le pierde demasiado el respeto a las palabras, nunca sabe dónde va a ir a parar su cabeza. Si empezamos por llamar revolución a la Redención de Jesucristo, mientras la gente sigue llamando revolución —y tiene derecho— a la española de Azaña, a la rusa de Lenin y a la francesa de Robespierre, no ayudamos mucho a disipar el embrollo increíble que la mala educación ha producido en la cabeza argentina. Cuando a una palabra se le hace significar todo, acaba por no significar nada. Yo me pregunto qué definición puede abarcar a la vez la Redención de Jesucristo, la Revolución Francesa y la Revolución de Septiembre del 30.<sup>4</sup> Que el vulgo bautice a sus hijos como quiera, pero los que tienen obligación de enseñar, ¡caramba!; si le traen a un cura a bautizar las quintillizas Diligenti,<sup>5</sup> que no las denomine a la brasilera Quintupleta, Pentámera, Cinquea, Fivelisa y Agripina. Que proponga los nombres cristianos de las cinco vírgenes hermanas que martirizó el juez Félix en tiempo de Diocleciano, a saber,

Marta, María, Melisa, Amelia y Amaranto. El cristiano debe respetar las palabras porque cree en la Encarnación de la Palabra.

Entretanto, el pobre encargado en *Cabildo* de la policía de los conceptos se desespera viendo la desbandada de las palabras. Por momentos se siente tentado de refugiarse en el silencio. Su misión se vuelve aterradora en tiempos de niebla y polvareda. En otros tiempos había cantado confiadamente:

*Dios no me ha dado pan que repartir  
Templo que hacer ni enfermo que curar  
Tan sólo la misión de ver salir  
El sol cada mañana sobre el mar.  
No me mandó ayudar a bien morir  
Sino a saber vivir y me hizo dar  
El verbo inteligible que formar  
Y qué decir sabiéndolo decir...*

Pero ahora ya no sabe cómo formar y cómo decir el verbo inteligible. Ve que se está volviendo vano y hasta altamente peligroso en el medio argentino predicar doctrinas. Se ha perdido el estilo, se han falsificado los hechos, el terrible fenómeno de «la confusión de las personas» que lloraba el Dante se ha producido con caracteres universales, *y no queda ninguna doctrina que no pueda ser falsificada*, desde que la misma doctrina católica se falsificó en esa terrible herejía moderna llamada *modernismo*. La última falsificación que me han contado es una de distintivos de la Acción Católica. Francamente yo quitaría todos los distintivos de la Acción Católica, y dejaría que los católicos se distinguiesen solamente por eso: por su acción. Los receptores están tan des-

compuestos que usted trasmite una melodía —según piensa— y ve luego con asombro que han recibido un barullo. Se malentende lo más sencillo y se buscan alusiones personales siniestras en las tesis generales.

—¿Cómo se atreve usted a aludir irreverentemente al Super Archisinagogo del Tíbet?

—Dispense, patrón, no lo conozco, ni sabía que existía. Yo siempre hablo en tesis general, aunque naturalmente procuro hablar de la realidad. Si seguimos así, no se va a poder hablar. ¿Quién predica en un loquero?

Y sin embargo, hay una manera de predicar que vale hasta en un loquero, y son los hechos. Hay que rogar a la Luz Increada que le dé a uno la palabra que es un hecho, como dicen del Hijo de Dios, que sus hechos eran palabras y sus palabras eran hechos. Él mismo fue el Logos hecho carne, la Verdad en un cuerpo y alma de Varón, la gran Idea-Hecho que soñara Platón. Un hecho no se falsifica, él existe. La mejor manera de predicar la fe cristiana es ser un hecho cristiano. La mejor manera de enseñar a Cristo es hacerse otro Cristo, aunque sea —si uno no puede más— un pobre cristo.

El hecho del 4 de junio<sup>6</sup> consistió en un alzamiento militar con una promesa de Restauración Nacional. Mi opinión personal acerca de esa promesa es que está en un azaroso comienzo de cumplimiento. Por ahora debe seguir llamándose revolución. La Historia lo llamará un día, o bien restauración, o bien golpe de estado del 4 de junio. Pero la palabra *revolución* comienza a usarse en el siglo XVIII con la gran convulsión social empezada en el Golpe de Estado del Frontón (*Jeu de Paume*) en que el Estado Llano, miembro legal de los Estados Generales de Francia, se insubordina y se atribuye ilegalmente la soberanía o al

menos la independencia de las otras instancias gubernativas. Allí comienza propiamente la Revolución Francesa, fenómeno sumamente vasto y complicado, cuyo nombre estamos aplicando por un abuso verbal a todo cuanto cambio brusco con pretensiones de profundo se verifica en la posesión de algunos de los instrumentos sociales del poder. Este abuso verbal comenzó cuando un socialista le dijo a Donoso Cortés: «Jesucristo fue el primer Revolucionario del Mundo» a lo que contestó el orador español: «Es cierto. Pero Jesucristo no derramó más sangre que la suya». Si así como era orador hubiese sido filósofo y santo, con una puntita de hombre de acción —como el padre Meinvielle<sup>7</sup>— le hubiese respondido brevemente: «¡Un cuerno!». Y le hubiese escrachado la cara de un sopapo, librándolo a él de un error y librando a la humanidad para siempre de esa necedad de empastelar los conceptos, que es propia de los oradores. De los oradores socialistas, siempre; de todos los oradores, a ratos.

En esa clase de revoluciones como la Revolución Francesa son especialistas los socialistas. Allí jamás los venceremos: porque ellos las inventaron. Nosotros somos especialistas en restauraciones y regeneraciones; las cuales en efecto se hacen con sangre propia: si lo sabré yo a estas horas. Jesucristo no revolucionó nada, ni siquiera se enteraron en la Casa de Gobierno de que había existido; quiero decir, en el Palacio de Tiberio en Capri. Jesucristo regeneró la Humanidad y «restauró todas las cosas en el cielo y en la tierra», dice San Pablo, *in proprio sanguine*, sin cambiar ningún gobierno, sin apoderarse de los instrumentos temporales del poder, lo cual es el objeto de toda revolución, y la define. No mezclamos, pues, a Jesucristo donde Él no quiso mezclarse. Y definamos el término *revolución*.

Sociológicamente *revolución* significa la revuelta de las masas contra la autoridad, y más precisamente el revuelco social de tipo democrático como la Revolución Francesa de 1789 y la Rusa en 1917. Es un fenómeno contemporáneo. En la antigüedad tales conflictos no existían, a no ser embrionariamente en algunas herejías, como los albigenses. Las revoluciones nacían entonces de una rivalidad de jefes, pasaban en el seno de una élite y el papel del pueblo o del ejército tenía carácter instrumental. Los legionarios combatían por Sylla o por César. O por lo menos, si existieron levantamientos del tipo popular (Espartaco, la Jacquerie, la revuelta de los colonos alemanes), todos ellos abortaron y fueron atrozmente reprimidos, lo cual vuelve su estudio sociológico menos fértil en enseñanzas que el de las convulsiones recientes, que pudieron gracias a su triunfo madurar sus frutos. Estamos, en efecto, en la edad de oro, en que los pueblos llegados a mayor edad —«naciones núbiles» que decía Víctor Hugo— cambian ellos mismos sus destinos —tal como se lo indica un pequeño grupo de conductores, que les hacen ver qué es lo que deben hacer si quieren alcanzar el Paraíso en la Tierra.

La aguja pasa y queda el hilo. Lo político pasa y queda lo moral. Pero si la aguja no tiene hilo, pasa la aguja y no queda nada. Claro que no se puede coser sin aguja; pero mucho menos se puede coser sin hilo.

Así también tiene que ocurrir con este Pronunciamiento que requiere ser Restauración y provisoriamente se llama Revolución. Si tiene un contenido moral, coserá algo; si no lo tiene no coserá nada, y es muy probable que nos deje *cocidos*. Se convertirá en «revolución sudamericana», como dijo Augusto Comte que se convierte todo gobierno militar en América. Mejor hubiera podido decir en el mundo moderno.

Yo doy gracias a la Providencia de haber pasado dos años como interno —no como internado— en el Manicomio de Santa Ana de París, lo cual me ha habilitado enormemente a entender al mundo moderno. Según los psiquiatras hay actualmente en Buenos Aires 50.536 locos sueltos, sin contar los que no entran en las estadísticas. Este hecho simple hace sumamente peligrosas en la Argentina todas las cosas que pueden interpretarse a lo loco, empezando por las Revoluciones y acabando por las conferencias y los artículos.

Yo no niego que sea lícito dar una conferencia o escribir un artículo con greguerías o juegos de palabras en una sala de Buenos Aires, donde según el cálculo de probabilidades tiene que haber por fuerza 2 ó 3 de los 50.536. Pero afirmo que hay que tener cuidado exquisito, y estar seguro de que ésa es la misión que uno tiene de Dios; porque de lo contrario puede salir de allí algún taita de los 50.000 con una palabra atravesada, entenderla al revés, sacar un revólver y empezar a tirar tiros al aire. Hay que inventar o restaurar de nuevo las conferencias en silencio. Las conferencias en silencio son las buenas obras. No conoce el arte de escribir artículos el que ignora el arte de romper un artículo.

Esta meditación la hice el domingo pasado a la mañana para determinar si debía o no seguir escribiendo artículos. Como ven ustedes el resultado fue otro artículo.

*Cabildo*, Buenos Aires, n.º 608, 16 de junio de 1944